

á que se daba cima en 1507, y la suntuosa del Arcediano de Lorca, don Gil Rodríguez Junterón, comenzada á labrar para su sepultura en 1515 y terminada en 1574, agregándose en pos otras varias de menor importancia artística, por medio de las cuales quedaba alterada la regularidad de la planta propia de la iglesia.

Hasta el episcopado de don Sancho Dávila, mostrábase por el costado occidental unida ésta al *Palacio* de los obispos, el cual avanzaba por consiguiente, llegando acaso cerca de la línea de la nave del Evangelio, debiéndose al prelado referido la apertura de una calle, de que hacía entrega al Cabildo, y que por tal camino dejaba exenta totalmente la fábrica del templo, bien que ambos edificios continuaban unidos todavía por medio de un pasadizo, que hubo de subsistir hasta la última centuria. Combatida por las frecuentes arriadas del Segura, y en especial por la tristemente famosa de *San Calixto* (14 de Octubre de 1651) (1), y por las de los días 6 y 7 de Setiembre de 1733,—amenazaba inminente ruina con efecto la fachada de la imafrente, contra la cual habían una y otra vez ido impetuosas á estrellarse las aguas del Segura y del Sangonera reunidos, según consta del memorial que el Cabildo eclesiástico elevaba en 27 de Abril de 1735 al Real Consejo de Castilla, y á consecuencia del cual,

(1) Fué tal y tan grande con efecto el daño causado por aquella memorable inundación, que quedaron arruinados conventos, parroquias y casas de la ciudad, demás de lo que fué destruído en la huerta. El río «entró en la Catedral cuando se estaba diciendo misa á la Virgen, y el sacerdote tomó en sus manos el Santísimo Sacramento, y le llevó á la torre por le salvar: desfojó en el coro todos los libros, y echólos á perder; como además otras cosas: subió cuatro dedos de la tablica de los descomulgados, dejando ileso el papel que contenía los nombres» (FUENTES Y PONTE, *Murcia que se fué*, pág. 97). El doctoral La Riva afirma que «entró el agua y tarquin en la sacristía actual de la Catedral, subió media vara sobre la Cajonería, y perdió cuantos ornamentos había.» «El archivo estaba dentro de ella en el Sacrario ó Relicario, le inundó, é hizo mucho daño en los papeles.» «En Noviembre de 1653 hubo una riada mucho mayor que la de 1651—1672 (*sic*): de 6,000 casas que había, se arruinaron 4,000; se pensó en mudar el Cabildo su residencia á Albacete ó Cartagena; pero la Ciudad logró orden Real para que siguiese en Murcia.» «Dió S. M. 10,000 ducados á la Catedral para ornamentos y reparos y 74,000 á la ciudad.» «El coro se tuvo muchos meses primero en la torre, cuarto de las ropas, y también sobre el claustro, al lado de la torre» (Lib. de ap. del Sr. Berenguer, págs. 87 y 88).

encargado de los planos el ingeniero del Rey, que lo había sido en Cartagena, D. Fernando Feringán, y presupuestada la obra en ochenta mil ducados (1), si bien es cierto que no se ejecutaba en su totalidad el proyecto,—dirigía con grande acierto las obras de 1737 en que tuvieron principio á 1790 en que eran como acabadas recibidas, el ingeniero y notable arquitecto de Cuenca D. Jaime Bort ó Bortmilia, costeándolas el Cabildo y contribuyendo á ellas también el Rey y el municipio (2). Y á la verdad, que si la ostentosa fachada de la Catedral murciana, modificado el primitivo proyecto de Feringán por el arquitecto Bort, es, cual se asegura, parte sólo del aprobado por el Cabildo,—á no conocer el trabajo de aquel ingeniero, no se hace fácil comprender lo que habría sido, si se hubiera ejecutado en todas sus partes; pues aunque no merece en absoluto el severo juicio de Ponz, quien califica la obra de máquina «tremenda, llena de columnas, estatuas, hojarascas, líneas torcidas y disparates, en que pasma el ver tanto trabajo y tan infelizmente empleado» (3),—tampoco debe ser estimado como obra perfecta é incomparable.

Dos eran, con efecto, las tendencias que se disputaban en las esferas del arte arquitectónico el predominio durante los días de Fernando VI y de Carlos III, época en la cual, pretendiendo contener los extravíos de la anterior centuria, y aspirando, principalmente bajo el gobierno del último de los citados monarcas, á emular y aun oscurecer la era gloriosa del Renacimiento, había el pseudo-clasicismo, después de acaudalarse con las influencias del siglo de Luís XIV, buscado inspiración en las severas líneas del estilo greco-romano, ora con la exuberancia con que fué éste interpretado por los artistas de la primera mitad de la XVI.^a

(1) «El diseño original [del proyecto],—decía en 1844 el Sr. Ponzoa,—lo tiene don Patricio Ponce, abogado de Murcia» (*Portada de la Cat. de Murcia*, art. publicado en el *Sem. Pint. Esp.*, tomo de 1844, pág. 132).

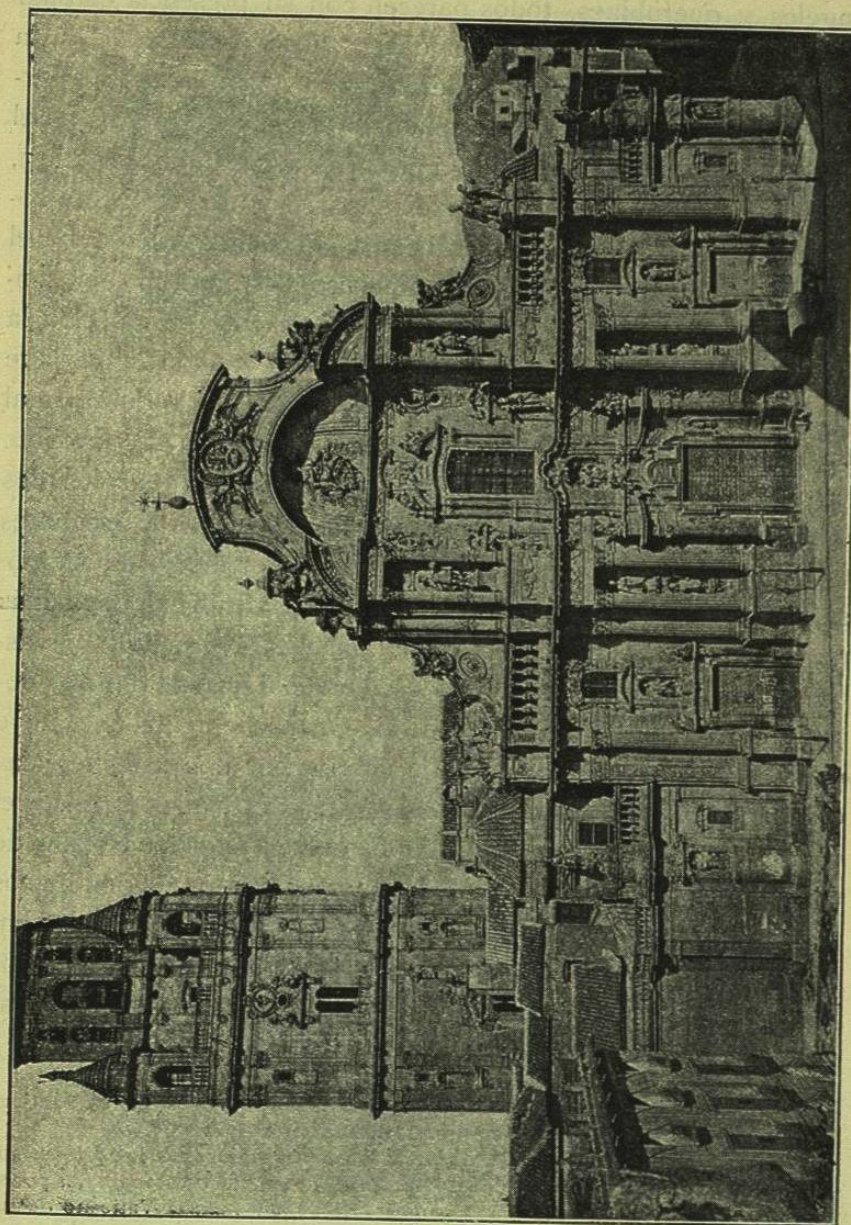
(2) Bort tenía señaladas como sueldo anual tres mil pesetas (PONZOA, *art. cit.*, tomándolo del doctoral La Riva).

(3) Calificábala así el erudito Pérez en carta dirigida á Llaguno desde Murcia con fecha de 21 de Setiembre de 1762.

centuria, y ora con la sobriedad y elegancia con que aparece en las obras de Juan de Herrera, desde los tiempos de Felipe II. Triunfando la primera de las tendencias indicadas, y puesta la mira en el propósito capital de que la nueva imafrente ideada por Feringán fuese á modo de expresivo poema arquitectónico, si nos es permitida la frase,—nada era preterido en él de cuanto pudiera contribuir á fin tan principal como cristiano, de que resultase en la obra, por medio de adecuadas alegorías, exaltada la Inmaculada Madre de Jesús, á quien, cual hemos advertido, fué por don Jaime *el Conquistador* consagrado en 1266 el templo musulmita. A este pensamiento era pues con devota piedad subordinado todo, y á él obedecía en su creación Feringán, cayendo, arrastrado por las corrientes de su tiempo, en el doloroso extravío de convertir la arquitectura en mero intérprete de entalladores é imagineros, trazando mejor alegórico retablo, que verdadera obra de condiciones arquitecturales.

No se halla sin embargo desprovisto de gracia, aun dada circunstancia semejante, el conjunto de la fachada que examinamos, por más de que sus líneas carezcan de pureza, agrupando los diferentes cuerpos que la componen con arte y maestría que producen muy agradable efecto, dentro de la época de la cual son fruto. Distribuída en el sentido de su latitud en cinco cuerpos diferentes, que corresponden con las capillas de la iglesia los de los extremos, con las naves menores los inmediatos y con la real el del centro,—dispuesto se halla su alzado en forma que, apiramidando con distintas alturas en el eje superior, ostentaba en él como remate la efigie de Santiago, plantando la Cruz, «alegoría gloriosa para la iglesia Cartaginense, que conserva en una lápida colocada en el sitio por donde desembarcó el santo Apóstol, la memoria de aquel incomparable suceso con estas pocas palabras: *Ex hoc loco orta fuit in Hispania lux evangelica*» (1). Apóstoles y doctores, elegidos del Señor y mártires,

(1) PONZOÁ, *Portada de la Catedral de Murcia* (Sem. Pint. Esp., t. de 1844, pá-



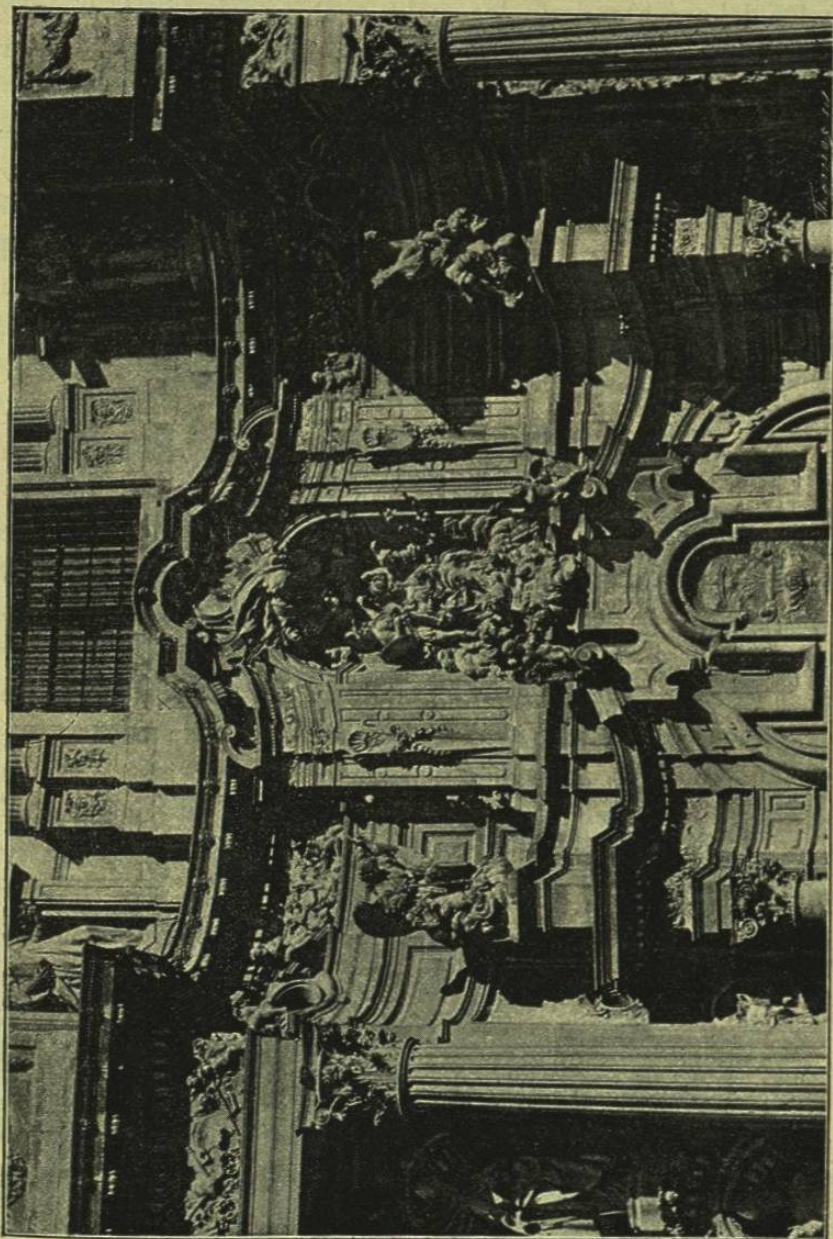
MURCIA.—VISTA GENERAL DE LA IMAFRONTE EN LA CATEDRAL

ángeles y querubines, todos parecen con su presencia entonar alabanzas á la Virgen, en aquel conceptuoso retablo: desde la imagen, ya hoy desaparecida, de Santiago, hasta las de san Fernando, que figura en el intercolumnio de la parte del N. en el cuerpo central, por haber sido á él entregada Murcia en 1243, y la de san Hermenegildo, á quien supusieron erróneamente sobrino de san Leandro y de san Isidoro, la cual se ostenta en el intercolumnio meridional del mismo cuerpo,—todas las representaciones por las cuales se ofrece profusamente enriquecida la imafrente, pregonan la pureza de María y la exaltación de la fe cristiana, tal como hubo de pretenderlo sin duda Feringán al trazar los planos, obedeciendo quizás indicaciones del Cabildo.

Flanqueada la imafrente, propiamente dicha, por los dos cuerpos extremos, formados de sendas circulares y elegantes torrecillas, las cuales se unen á aquella por medio de suntuosa balaustrada,—mide en su desarrollo latitudinal poco más de cincuenta y cuatro metros, por cincuenta y ocho á que asciende en su total altura, hasta el remate. Dividido en tres zonas horizontales el cuerpo central, correspondiente á la nave mayor, ofrécese compuesto en la inferior por dos salientes alas que hacen oficio de contrafuertes y están destinadas á resistir el empuje de la nave; levantadas ambas sobre altos pedestales de mármol azul, decorados de medallones en relieve con los bustos de los apóstoles, obra notable del escultor francés Dupart, aunque no tanto como se supone (1),—muéstranse soportadas por hasta seis gallardas columnas de estriados fustes y hermosos ca-

gina 133). Este escritor añade, tomándolo del doctoral, «la estatua de Santiago se quitó de la portada el año 1803 porque amenazaba ruina».

(1) Refiriéndose á estos medallones y á los demás relieves de la portada, con disculpable exageración decía el Sr. Ponzoa que eran «sólo comparables por su ligereza, gracia y propiedad [las cornisas] á las de Rafael en el Vaticano de que tienen bastante semejanza», añadiendo que «los extranjeros han vaciado estos preciosos relieves, y especialmente el Apostolado» (Art. cit. del *Sem. Pint. Esp.*, pág. 133 del tomo de 1844). Mr. Dupart era «escultor lapidario de Roma, maestro excelente que fué traído adrede para trabajar en los adornos y estatuas de la portada» (PONZOA, *saepe*).



MURCIA

MURCIA.—CATEDRAL: DETALLE CENTRAL DE LA IMAFRONTA

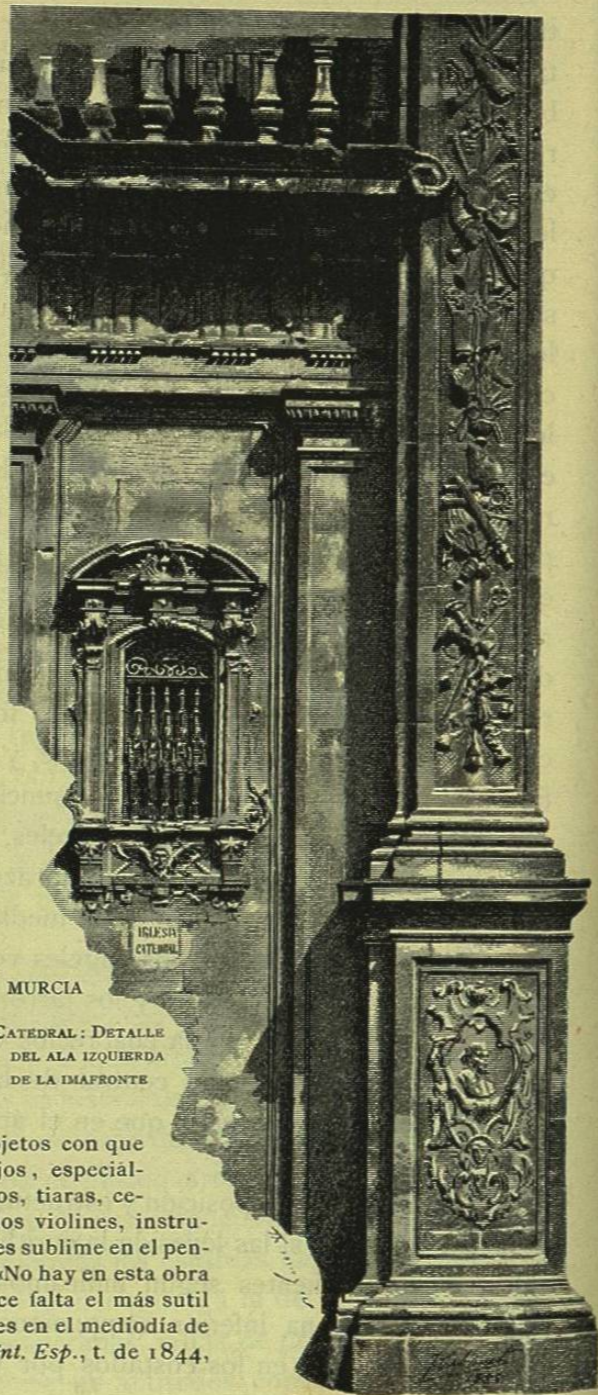
piteles del orden corintio, los cuales avanzan sobre igual número de pilastras cuajadas de relieves, ricos en el naturalismo de la ejecución, pero pobres en la composición por desventura, haciéndose entre las pilastras referidas dos ornacinas superpuestas en cada contrafuerte, para contener otras tantas estatuas, bellamente ejecutadas. Saliente y de buenas líneas, ornada de un friso reelevado con ángeles y genios que llevan los atributos del culto cristiano, de mútulos y modillones cuajados de labores,—descansa la cornisa directamente sobre la columnata de los contrafuertes, abriéndose entre ellos la puerta principal, llamada *de los pecadores*, de hueco rectangular, guarnecida de extravagantes molduras, y el escudo de la iglesia en la clave. Flanqueada de salientes columnas del mismo orden y de sus correspondientes pilastras, también con ornacinas á los lados del hueco,—sobre las oportunas cornisas y en zócalo general moldurado, se levantan con movidos ropajes dos estatuas, mientras que en la ornacina central sobre la puerta, se mira detallado y peregrino grupo de esmerada ejecución, representando la elevación de la Virgen por los ángeles al cielo, obra del mismo escultor francés ya mencionado y que, prescindiendo del amaneramiento propio de la escuela, de la afectación y del convencionalismo en que se inspira, resulta bello á pesar de todo, y verdaderamente digno de estima.

De menores dimensiones la segunda zona, que al propio estilo y gusto corresponde, apoyando directamente sobre el cornisón con que termina la primera, álzase en disposición idéntica, con resaltadas guirnaldas en los zócalos de los contrafuertes, igual número de columnas, que avanzan delante de estriadas pilastras, y cornisas laboreadas por el mismo arte. Sobre pedestales no del mejor gusto, y delante de sus respectivas ornacinas, írguense entre las columnas referidas las estatuas de san Fernando á la parte del N. y de san Hermenegildo á la del mediodía, ambas de mérito secundario, amaneradas, faltas de propiedad en lo que á la indumentaria se refiere, en actitudes convencionales y con-

trarias al natural, siendo obra del escultor Salzillo, padre del que tan justo renombre ha conseguido en Murcia. Con sendas y no bien colocadas ornacinas á los lados, y en ellas sus estatuas correspondientes, ábrese provista de estimable reja en el eje de este cuerpo, la lucerna de pareadas columnas estriadas que se levantan en distintos planos sobre ornamentados zócalos. Enriquecida de relieves y de mútulos la cornisa que en ellas descansa, tiene el frontón circular partido, con un jarrón de resalto á los extremos; y mientras en el ático descansa en alto-relieve la cruz de Caravaca sostenida entre nubes por dos ángeles,—sobre los declives del frontón reposan dos bellas esculturas de buena ejecución y artístico ropaje, contribuyendo á completar la decoración de este miembro de la fachada en ovals medallones, que parecen tallados en madera, como por lo general toda la obra, y que soportan ángeles volantes,—el emblema de la pureza de María á la una y la otra parte de la lucerna mencionada. Los partidos y circulares frontones de los contrafuertes, enriquecidos de relieves y de mútulos; el coronamiento formado por un arco de círculo, que finge abovedado casquete, y en cuya parte central figura al interior en alto relieve la Asunción de Nuestra Señora, con estatuas colosales de alados ángeles, sentados en los declives exteriores, y el místico jarrón de azucenas en el frente del cerramiento ó frontón, dentro de la medalla que á modo de escudo fingen ostentar otros dos ángeles volantes y afectados,—constituyen con las pirámides y los jarrones de los extremos la tercera y última zona, con la cual recibe digno término y acabado complemento el cuerpo central de la imafrente, despojado hoy de la efigie de Santiago que en el ápice superior se levantaba.

Idénticos en su disposición y estructura, como guardando religiosamente entre sí las leyes de la eurithmia,—los cuerpos laterales, correspondientes según indicamos á las naves menores, hállanse en la zona inferior compuestos por igual arte que el central, rematando en los costados por un pilastrón cada uno,

en el cual resaltan en relieve, — produciendo ingenua admiración en las gentes por lo que se estima «increíble... propiedad de los objetos con que están compuestos los dibujos..., —violines, instrumentos y papeles» (1), no con grande acierto ni mayor gracia agrupados, á pesar de su mortificante realismo y de su ejecución menudamente detallada. Rectangulares, con marcos esquinados, columnas estriadas, partidos frontones, sobre los que descan-



MURCIA

CATEDRAL: DETALLE
DEL ALA IZQUIERDA
DE LA IMAFRONTA

(1) Así exclamaba con efecto arrebatado de entusiasmo el Sr. Ponzoa, de quien son las anteriores palabras: «Increíble parece ver la propiedad de los objetos con que están compuestos los dibujos, especialmente los cálizes, incensarios, tiaras, cetros y demás del sacrificio: los violines, instrumentos, papeles, en fin, todo es sublime en el pensamiento y en la ejecución.» «No hay en esta obra un golpe mal dado.» «No hace falta el más sutil filete.» «Es honor de las artes en el mediodía de España» (Art. cit. del *Sem. Pint. Esp.*, t. de 1844, pág. 133).



MURCIA.—CATEDRAL: DETALLE DEL ALA DERECHA EN LA IMAFRONTA

san reclinados delante de pequeñas pirámides bien sentidas estatuas, apilastrado ático de frontón circular con la efigie, la de la nave del Evangelio, de san Juan Bautista en la ornacina y la de san José, la de la nave opuesta,—las puertas laterales, de menos dimensiones que la principal, dan acceso al templo no desprovistas de gracia, abriéndose por cima de ellas, con sus rejas y sus marcos profusamente llenos de labores, otras tantas ventanas de trazado análogo á la que da luz á la nave mayor en el cuerpo central de la imafrente. Unidos estos en su zona superior á la segunda del principal por medio de una balaustrada,—al propio tiempo que en los extremos exteriores contribuyen á la decoración dos estatuas colosales que plantan por cada cuerpo en sendos pedestales y que son indudablemente de mejor ejecución y de mano más experimentada que las de san Fernando y san Herenegildo,—sobre los estribos que refuerzan el citado cuerpo central y apiramidan el conjunto á modo de volutas, en gallarda actitud, bien sentidos y mejor labrados, asientan femeninos ángeles con las alas abiertas y el ropaje bien distribuído, señalando con la una mano el alegórico sentido de la composición principal; en tanto que con la otra suspenden resaltadas y floridas guirnaldas. Sobre las torrecillas circulares que complementan como accesorias el conjunto de esta grandiosa fachada, irguense también sendas estatuas, destacando en las ornacinas inferiores otras tantas efigies merecedoras de aprecio, y singularmente la de la parte del N., dando luz por último á las capillas de los pies del templo elegantes fenestras, cuajadas de relieves, las cuales se rasgan con sus rejas convenientes en los espacios que median de los cuerpos laterales á las torrecillas memoradas (1).

(1) Refiriéndose á esta fachada, decía en 1842 el arquitecto D. José Ramón Berenguer en el artículo que con el título de *La Catedral de Murcia*, suponemos suyo y publicó en la página 41 el *Semanario Pintoresco Español* de aquel año: «Esta fachada y puertas... son dignas de atención por el esmero de su trabajo, y consideradas en detalle las diversas partes de que se componen, merecen mayor ala-

Doblándose en ángulo por la del extremo S. á la *calle de los Apóstoles*, ofrece desde allí la catedral murciana al descubierto la desconcertada é inarmónica serie de construcciones con que hubo de ser adulterada, y la triste suerte que pesó sobre ella, como sobre la mayor parte de nuestras catedrales, desde los momentos mismos en que en el siglo XIV acometía lleno de piedad y animoso el Obispo Peñarredonda la empresa de dotar á la antigua corte de los Beni-Hud con un templo decoroso y digno de su grandeza y de su renombre. Las cúpulas de las capillas del lado de la Epístola, guarnecidas de brillantes y coloridas tejas, con sus pequeños chapiteles; el lienzo de fachada que sucede á la fastuosa de la imafrente; los arbotantes por extremo sencillos y deformados, todo hace que el ánimo padezca sin igual desen-

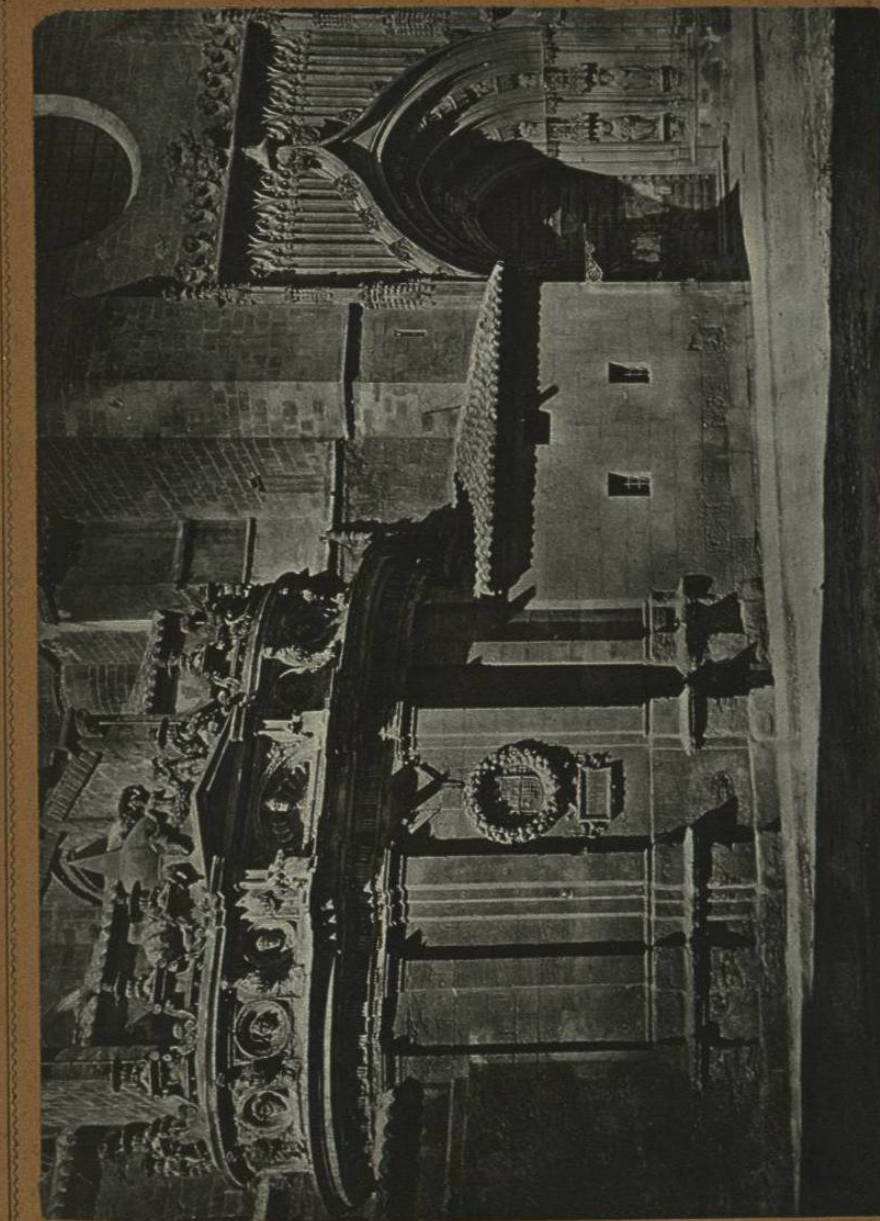
banza que vistas en conjunto, en el cual se advierte algunas faltas de armonía y de gusto en la colocación.» «También,—añade,—ofrece esta fachada el inconveniente de no hallarse situada en dirección á la plaza, y encontrarse cubierta en parte con el edificio episcopal, de suerte que carece de punto de vista conveniente.» Por su parte el Sr. Ponzoa escribía en el artículo tantas veces citado: «No tienen razón los que opinan que es confusa (la fachada) ó que está demasiado recargada; pues figurando un retablo general de una iglesia tan insigne y antigua como la de Cartagena, fué necesaria la colocación de los santos que contiene.» «Más conforme al arte es la opinión de muchos, que notan la falta de una escalinata y una balaustrada que sirviese de base y entrada á este rico y majestuoso monumento.» Dando razón á Ponz, quien en 1762 había tildado la obra «de máquina tremenda», nuestro buen amigo el Sr. Berenguer y Ballester, dice de ella: «Si la fachada principal de nuestra catedral es rica por demás en lujosos materiales y primorosos detalles de escultura, que aisladamente considerados son de un mérito superior é indiscutible, como conjunto arquitectónico, deja mucho que desear, por la absoluta carencia de sencillez y de unidad, la incorrección del gusto y el afán, en ella manifiesto, de buscar la belleza, antes bien en la pompa que en el atinado concierto del todo» (*Revista de la Soc. central de Arquitectos*, año XII, pág. 222, art. *Arquitectos murcianos*). Y con efecto: el error principal de esta fachada,—que no carece, repetimos, de gracia en el conjunto, ni tampoco de superioridad, á despecho de la afirmación de nuestro amigo el Sr. Berenguer,—estribando precisamente en lo conceptual del pensamiento, que tan singular deleite producía en el Sr. Ponzoa, está en su propia y alegórica representación; la impropiedad de trazar la imafrente en forma de retablo y retablo de una época decadente, es á todas luces visible; y el arquitecto ha de luchar con inconvenientes que se agigantan cuando se ve precisado á verter su pensamiento en moldes determinados, resintiéndose la obra de manifiestas desigualdades, como lo son, á nuestro juicio, las que resaltan entre los elegantes contrafuertes,—cuyas líneas son por modo indudable bellas, y cuyos miembros de construcción parecen en general de los buenos tiempos del Renacimiento—y las portadas, los áticos, las fenestras, el

canto, dispuesto, no ya á contemplar una de aquellas maravillosas fábricas con que el genio de nuestros maestros en el arte de construir durante la era ojival atesoró el suelo de España; no tampoco uno de aquellos templos peregrinos, llenos de los primores y de las inacabables bellezas del estilo de Renacimiento, gallardo, elegante y bello á pesar de su fausto y de su riqueza exuberante,—sino uno de aquellos otros edificios, en los cuales, dominando durante la pasada centuria el pseudo-clasicismo, más ó menos diestramente sometido, más ó menos extraviado por exageraciones dolorosas, correspondiese con el aparato de la «tremenda máquina» de la imafrente.

Humildes, deformes, de escaso alzado, vulgares cubiertas y nada simpático aspecto, las capillas de este lado de la iglesia, re-

coronamiento (para el cual se tuvo presente el de la Catedral de Granada) y las balaustradas con los estribos laterales. Si la ejecución es inmejorable, no por ello resulta plenamente dentro de las condiciones del arte arquitectónico, pues los detalles de los relieves, que no producen el efecto de las vichas, las contrapostas, las macollas y las guirnaldas del estilo plateresco, son propios de la talla en madera, y de difícil composición, careciendo de gracia los atributos de los ángeles que figuran en los frisos, las tiaras, los cálices pendientes de lazos, las cruces, los violines, las flautas, los papeles de música, y todo cuanto encantaba según decimos al Sr. Ponzoa. Como obra de distintos artistas, échase de ver la misma desigualdad en los relieves historiados y en las estatuas, hallándose algunas—y en especial las que mejor componen la fachada,—que son dignas de todo elogio, mientras hay otras que podrían casi figurar al lado de las de la Plaza de Oriente de Madrid. Las exageraciones, los convencionalismos, el amaneramiento que por lo general se nota, son fruto del ambiente de la época, y no debemos en justicia hacer responsables ni á Feringan ni á Bort y sus sucesores por ello, pues era á la verdad sobrado difícil lograrán unos y otros hurtarse á la corriente de los tiempos. La fachada en general, representando una época, es merecedora con todos sus defectos de encomio, si bien no hay en ella nada que justifique la disculpable aseveración entusiasta del Sr. Ponzoa de que «los extranjeros han vaciado estos preciosos relieves», cuando no son acreedores de honra semejante. Por lo demás «todo el zócalo y los órdenes subalternos que adornan las tres puertas son de mármol azul: las cuatro columnas de las puertas laterales, de jaspe genovés, y las dos de la puerta del centro son de granito» (de mármol rojo dice el articulista del *Semanario Pintoresco* en 1842). «El resto de la obra es de piedra blanca más fina, y tan fuerte como la berroqueña, y parte de ella transportada desde Alicante á Cartagena, y desde ésta á Murcia.» «Su coste fué pequeño, si se calcula lo que ahora (1844) costaría.» «Sólo ascendió á un millón ochocientos ochenta mil reales», habiéndolo antes calculado Feringan en ochenta mil ducados (Ponzoa, art. cit. del *Sem. Pint. Esp.*).

MURCIA



Puerta lateral de la Catedral